

Todo el peso de sus negocios se lo dejó á sus dependientes.

Al principio, éstos creyeron que su principal trataba de juzgar de sus respectivas aptitudes, tal vez para premiarlos segun ellas, y cada cual redobló sus esfuerzos para quedar mejor.

Pero no pasó mucho tiempo sin que se convenieran de que se habian equivocado.

Don Pascual no se ocupaba de ellos ni de sus negocios.

Rara vez examinaba un libro ó pedia noticia de la marcha de alguna negociacion.

Llegó á no presentarse durante mas de un mes en el escritorio.

Los dependientes abusaron de sus descuidos y por sí mismos tomaron lo que su principal no les daba.

El despilfarro fué grande.

El descuido mayor que el despilfarro.

Aquella famosa paila, la elefanta, fué poco á poco arruinándose, al grado de que un dia el techo se desplomó.

Léjos de sentirlo don Pascual, se alegró de ello y mandó extraer en carros los escombros que regaló á los mismos carretoneros por tal de que se los llevasen, y apesar de que valian una suma muy regular.

Apesar de todo esto, como dije al principio,

la fortuna de Gayangos aumentaba prodigiosamente.

Don Carlos fué muy bien recibido por don Pascual, quien le encomendó desde luego la direccion y cuidado de su casa.

Pero léjos de cambiar su carácter, su melancolía aumentó mas y mas.

Tenia horror á la sociedad.

Sólo se encontraba ménos intranquilo, cuando le dejaban en completo aislamiento.

Por fin, un dia manifestó que aquella casa le causaba horror, y que deseaba salir de ella.

No hubo medio de oponerse á su voluntad.

Don Pascual se trasladó sólo y llevando consigo criados nuevos á una finca que poseía en Tacubaya.

Don Carlos le dejó ir, y con positivo interés se dedicó á corregir los abusos introducidos en las negociaciones por el descuido de don Pascual.

Creyendo que el malestar de su primo provenia de haber continuado viviendo en aquella casa llena de recuerdos de su fugitiva esposa, determinó hacer en ella radicales cambios y trasformarla por completo.

El fin era bueno, los recursos sobradísimos, y el plan fué muy en breve puesto en ejecucion.

Casi hizo de nuevo la casa.

Y como heia esquina, aun la entrada y zaguan, fueron cambiados de una á otra calle.

Al emprenderse estas obras, don Carlos se encontró con la habitacion en que segun dije á su tiempo habia hecho encerrar don Pascual los grandes panes del jabon extraido de la gran paila, poco despues de la fuga de su esposa doña Manuela.

Sabemos que don Pascual veia con horror aquel jabon.

Sabemos tambien que un dia maltratò à uno de sus sirvientes por haberse atrevido à entrar en la pieza, y extraer de ella uno de aquellos panes.

Para evitar que el caso se repitiese, habia mandado arrancar la puerta y tapiar con cal y ladrillo el hueco.

Nadie se acordaba de aquella circunstancia.

Don Pascual tampoco se la habia dado à conocer à su primó.

Sin duda no la recordaba ya.

Tal vez no creyó necesario decirle cosa alguna.

Por otra parte, la obra de reforma de la casa se hacia sin conocimiento de don Pascual.

Su primo sólo vió en ella, una rareza mas del desventurado marido de la hermosa doña Manuela.

Vendió, pues, aquel jabon, y pareciéndole de

buena clase, se reservó uno de los panes para su uso particular.

Un dia que lo necesitò, separó un pedazo del susodicho pan y con él se lavó las manos.

De pronto sintió un fuerte arañazo en uno de sus dedos y con sorpresa vió que sobresalia un diamante de muy regular tamaño.

Destrozó el jabon y halló en él un magnífico cintillo, cuyo era el diamante.

Le lavó con cuidado y despues de limpiarle, palideció mortalmente y tuvo que apoyarse en la pared para no caer anonadado.

Habia reconocido el cintillo.

Era el que habia servido para la ceremonia del matrimonio de don Pascual con doña Manuela.

Dicho anillo, jamás, desde el dia de sus desposorios, habíaselo quitado doña Manuela del dedo en que se lo pusiera el sacerdote.

¿Cómo habia ido á dar al centro de aquel pan de jabon?

XVII

Don Pedro no pudo explicarse el hallazgo del anillo.

Asaltáronle las mas atroces sospechas.

¿A qué grado habian llegado las disputas entre marido y mujer?

Muchas presenció él, pero en ninguna doña Manuela, por mas que aborreciese á su marido, habia maldecido la hora en que se casò.

Sólo en este caso hubiera devuelto á su esposo, segun la costumbre de aquellos tiempos, su anillo de boda.

Se creía entónces, y muchas mujeres lo creen hoy dia, que quitarse tal anillo es causa de la muerte del que se lo quita.

Pero aun en tal extremo poco creible ¿cómo el cintillo habia ido á dar á la gran paila?

La primera idea de don Carlos, fué la de trasladarse á Tacubaya y obtener de don Pascual la solución de sus dudas.

Pero un presentimiento tenaz de que allí existia un crimen, le hizo desistir de su primera idea.

Sin duda doña Manuela habia sido asesinada.

Pero ¿por quién?

El hallazgo del anillo autorizaba á creer que sin duda habia sido asesinada por robarle sus alhajas.

El anillo valia mas de dos mil pesos.

¿Quién habria sido el ladron?

La circunstancia de haber hallado la alhaja en un pan de jabon, daba á sospechar que los ladrones pertenecieron á los trabajadores de la fábrica.

Quizás un descuido, tal vez el temor de ser descubierto, habian hecho que allí fuera á dar el anillo, ya arrojado intencionalmente, ya por la mano de la casualidad.

Don Carlos dió entónces principio á una interminable serie de investigaciones.

Pensò dar parte desde luego á los jueces.

Pero temió que dando por este medio la voz de alarma, el presunto asesino se pusiera en fuga, si aun se hallaba en la casa.

La fuga, si bien demostraria la existencia del crimen, le privaria de castigar al delincuente.

Nada mas fácil, en aquel entónces, para un criminal, que el sustraerse à la accion de la justicia.

Con pasarse al campo enemigo y unirse á cualquiera partida de revolucionarios bastaba y sobraba.

La rebelion estaba casi en sus postrimerías.

Pero, ya lo he dicho, la paz y la seguridad no se hallaban restablecidas ni mucho ménos.

El señor don Juan Ruiz de Apodaca habia apagado la hoguera, pero bajo las cenizas las brasas se mantenian en ignicion.

Una imprudencia podía removerlas y las llamas brillarian de nuevo.

Mucho habia hecho, pero aun quedaba mucho por hacer.

La osada expedicion de Mina, hizo pensar à mas de un español que, despues de todo, no sería un gran crimen ayudar à los mexicanos à hacer su independenciam.

Fernando VII no era un rey digno de que nadie le fuese fiel.

El, àntes que nadie, habia sido traidor à su patria y à sus amigos, à los cuales hizo víctimas de la mas negra y pestilente ingratitude.

Ni aun para premiar à Apodaca estuvo feliz ni oportuno.

La recompensa que le dió, fué concederle el título de *Conde del Venadito*.

Apodaca representó para que se le cambiase el título por parecerle ridículo, con sobrada razón.

Tan lo fué en realidad, que en México se le llamó en lo sucesivo, no Apodaca ni el virey, sino *el venadito*.

—Anoche estuvo en el coliseo *el venadito*.

—*El venadito* está muy contento con los golpes que ha dado á la revolucion.

Expresiones como estas, se oían á cada instante en México.

Algunos mal intencionados, llamaban tambien á la vireina, *la venadita*.

Cuando se hablaba de toda la familia, se les decia *los venaditos*.

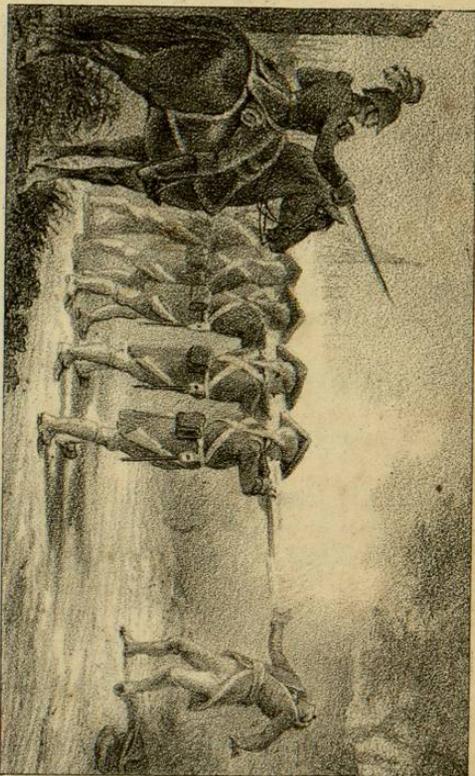
Del chiste de que Apodaca fué víctima, se habia repetido ya en otro caso.

Las cortes españolas dieron al general inglés Lord Graham, el título de Duque de Cabeza de Vaca, en memoria del sitio que ocupaba en la célebre batalla de Chiclana, dada contra las tropas que al mando del mariscal Víctor, sitiaban á Cadiz.

El general inglés dió las gracias y rehusó un título que ponía en ridículo su honor y el de su familia.

Apodaca, no obstante que se hallaba en el mismo caso, se contentó con pedir que se le cambiase

EPISODIOS HISTÓRICOS MEXICANOS.



Fusilamiento de Mina.

11 de Nov^{ra} de 1817 día martes 4 de la tarde.

pero le usó en vista de que no resolvian á acerca de su representacion.

En cuanto á la facilidad que habia para huir de la justicia, dicho dejó, que en las inmediaciones de la capital, no faltaban partidas de revolucionarios á que unirse, con la seguridad de ser en ellas bien recibidos.

Ademas, aun quedaba con las armas en la mano un esforzado y valiente caudillo, don Vicente Guerrero, que tenia continuamente en movimiento á la division del jefe realista Armijo.

La relacion de sus campañas no corresponde á este tomo de *Episodios*, y por eso, no me detengo á describirlas y á encarecer la importancia que tuvieron.

Podia bien un fugitivo marchar en su busca, pues no era fácil que Guerrero levantase informacion sobre la honorabilidad de quienes se le presentasen.

El suceso de la desaparicion inexplicable de doña Manuela, contaba por otra parte varios años.

Casi nadie se acordaba ya de él.

Muchas personas hasta se habian olvidado de don Pascual.

Retraido como hasta entonces habia vivido, perdió aun sus mas íntimas amistades.

A nadie podia ya interesarle su desgracia.

La atencion pública estaba fija en sucesos y personajes de mayor importancia.

Uno de los asuntos que mas preocupara á la generalidad, era el referente á la suerte que estuviere reservada á los dos ilustres prisioneros insurgentes, don Nicolás Bravo y don Ignacio López Rayón.

Capturados como ya dije en su lugar, debieron haber sido inmediatamente fusilados de acuerdo

con los bandos de Venegas y Calleja sobre insurgentes; pero don Nicolás era profundamente estimado por sus mismos enemigos á consecuencia de su conducta noble, valiente y generosa, y el mismo Armijo que custodiaba á los presos, puso todo su empeño é influencia en salvarle, como lo logró, llegando á mata caballo á Cuernavaca con la contra-órden de Apodaca, en los momentos en que todo estaba ya dispuesto para la ejecucion.

Su famosa *venganza insurgente* debia reportarle los beneficios á que se hacen acreedoras acciones tan magnánimas como aquella.

A esta circunstancia debió tambien su salvacion don Ignacio.

Suspendido el procedimiento ejecutivo, se sometió á juicio á los dos caudillos, trasladándoseles desde luego á la Cárcel de Corte de México, en la que entraron el 9 de Octubre de 1818.

Don Ramon Rayon que, como dijimos se indultó despues de la toma de Cópore, trabajó sin descanso en salvar á su hermano, pretendiendo que se le considerara comprendido en la capitulacion del célebre fuerte.

No era tan fácil esto, pues don Ignacio habia desaprobado de una manera pública la capitulacion, y aunque don Ramon quiso hacer creer que cuando fué aprehendido don Ignacio lo fué en camino para presentarse á disfrutar del indulto, y

así lo afirmó el procesado, don Nicolás declaró que no era cierto, originándose de aquí tan agrias contestaciones, que fué necesario poner á ambos reos en distintos calabozos.

En favor de Bravo se alegó su conducta generosa con los prisioneros españoles, á quienes dió libertad en el momento mismo en que recibia la noticia de haber sido fusilado su padre por los realistas; pero el fiscal opinó que esta memorable accion no le eximia de la culpabilidad que le resultaba de haberse rebelado contra el rey de España y héchole la guerra.

El 8 de Julio de 1818, don Ignacio Rayon fué sentenciado á la pena capital, pero Apodaca que era humano y estaba ademas satisfecho del estremo á que habia llevado la pacificacion, suspendio la ejecucion de la sentencia por decreto de 30 de Setiembre del mismo año.

La hacienda de Chichihualco, cuya memoria será eterna, ó al menos deberia serlo, en nuestra historia por haber pertenecido á los Bravo y por los notables sucesos ocurridos en ella, fué embargada segun las leyes y la familia de don Nicolas se vió reducida á la miseria.

Pero no se vió abandonada.

Un español DON ANTONIO ZUBIETA, se encargó de atender á su subsistencia con cuanta liberalidad le permitieron sus posibles.

Don Nicolás permaneció en su calabozo con una barra de grillos en los piés.

Jamás pidió nada á nadie y para proporcionarse dinero con que comprar cigarros y chocolate se dedicó á hacer cigarreras, que adornaba curiosamente con papeles de colores y vendia por lo que querian darle.

Una vez que el virey le visitó en su calabozo, le dió una onza de oro que don Nicolás tomó agradecido.

Un historiador refiere que Apodaca solia decir siempre que veia á Bravo.

--"Me parece ver en él, un monarca destonado.

¡Tanta fué la dignidad con que supo sufrir la desgracia!

Natural era que la atencion pública se fijára de un modo absoluto en los incidentes del proceso de aquel grande hombre, gloria y honor de México y de la causa insurgente.

Pero don Pedro Gayangos no por eso dejó de proseguir con entera dedicacion sus pesquisas.

Habia sospechado un crimen y era indispensable esclarecer sus sospechas.

Estaban interesados en ello la salud y tranquilidad de don Pascual.

Triste, muy triste habia de ser para él, saber que su esposa habia sido asesinada.

Pero á la vez encontraría un lenitivo á su pena, pues podría convencerse de que su esposa no le habia abandonado para huir con un amante.

Si se descubria el crimen cesarian las burlas de que los ociosos hacen víctimas á los maridos burlados.

XIX.

Muy difícil le fué á don Pedro Gayangos, cumplir la humanitaria tarea que se impuso.

Los numerosos dependientes y trabajadores de la fábrica nada sabían del presunto crimen.

Jamas se le ocurrió á ninguno atribuir la desaparición de doña Manuela á otra cosa que á una ligereza de su coquetería.

Las rarezas que don Pascual tuvo, á propósito de la gran paila y del jabon que de ella se estrajo, las explicaban de una manera racional.

La habia destituado para sus experimentos y ensayos; el mismo mezclaba en ella sus ingredientes químicos, cuya clase y proporciones mantenía siempre en el mas riguroso secreto.

La clase suprema del jabon depositado en la pieza tapiada y el buen precio á que le vendió

don Pedro, demostraban la verosimilitud de aquellos informes.

Sin duda temia don Pascual que por medio de un análisis pudieran los especuladores robarle su secreto, y medio trastornado como estaba su juicio, juzgó indispensable encerrar el jabon y aun maltratar al desgraciado que pretendió robarle un pan.

¿Pero cómo fué á dar á una de ellas el cintillo de doña Manuela?

Convencido de que nada podria averiguar por sí solo y temeroso de que un paso imprudente produjera sin resultado práctico, un escándalo, don Pedro resolvió ir á ver á don Pascual y comunicarle sencillamente sus presunciones.

Cuando se encontró en su presencia, don Pedro no supo como empezar.

Era necesario tener en cuenta que en un cerebro medio perturbado, como lo estaba el suyo, la noticia del presunto crimen podria determinar la locura.

Después de varias generalidades, don Pedro abordó la dificultad diciendo:

—Para vivir aislado de mí, me hiciste venir á tu casa. ¿Quizás mi presencia ha revivido en tí tus rencores de otros dias? En tal caso dímelo y volveré á alejarme.

—Cuan injusto eres, Pedro, —contestó don Pascual con amargura,— cuan poca compasión me tienes!

—Eso dices, cuando diera con gusto la mitad de mi vida por ver que de nuevo recobrabas tu tranquilidad y tu alegría?

—Pero eso es imposible!

—Imposible! por qué?

—Acaso lo ignoras?

—Estrañas á tu desventurada esposa, ¿no es cierto?

—Desventurada! por qué desventurada? —preguntó aterrado don Pascual, clavando sus investigadoras miradas en el rostro tranquilo y compasivo de don Pedro, quien tradujo el terror en demostracion de colérico disgusto.

—No la crees tu desventurada?

—Acaso sé donde se encuentra para poder estimarlo?

—Luego tú crees que una fuga... tal vez con un amante...

—No, yo nada creo, yo nada sé, todo lo ignoro! Por qué vienes á mortificarme con esas preguntas? Sal, sal de aquí inmediatamente! quiero estar solo! enteramente solo! vete, vete, vete!

La exaltacion de don Pascual fué tremenda.

Don Pedro tuvo miedo.

Pero don Pascual no tardó sino leves momentos en pasar de su furia al abatimiento.

Ocultó su cabeza entre sus manos y rompió á llorar entre grandes sollozos.

Don Pedro se acercó á él y le dijo.

—Pascual, mi bueno y querido Pascual, ¿por qué te exaltas así? Por qué ya que lloras no lo haces sobre mi corazon y entre mis brazos?

—Perdoname Pedro! ay! de mí cuan desgraciado soy!

—Y por qué no haces menor esa desgracia llamándome á compartirla contigo?

Oh! eso es imposible, me aborrecerias, me odiarías tal vez!

—Odiarte! aborrecerte! por qué? Acaso me crees incapaz de compadecerte y aun de disculparte?

Don Pascual volvió á exaltarse y preguntó:

—Disculparme? de qué necesito yo que me disculpes?

Don Pedro contestó con amable y cariñosa entonacion:

—No te incomodes conmigo, Pascual: ninguna de mis palabras va encaminada á otra cosa que á consolarte: perdóname pues, si con alguna de ellas te lastimo sin pretenderlo, pero á la vez permíteme que toque las llagas de tu corazon. Comprende

do lo que por tí pasa. Te casaste con Manuela porque la amabas: tu buen corazon por una parte y su extraordinaria belleza por la otra, hicieron que tu amor hácia ella aumentara en vez de perder la fuerza con los años. Durante la época de los disgustos que sus inocentes coqueterias te proporcionaron, ese amor pudo decaer algun tanto pero no morir. Sucedió su inesplicable fuga y apesar de ella la seguiste amando y la amas todavía: esto te avergüenza, porque es una debilidad, y esta debilidad es la que yo, buen Pascual, disculpo. En qué te ofendo con ello?

Desde que don Pedro llegó à la mitad de su anterior discurso, don Pascual volvió á caer en su dolorosa postracion y sus sollozos casi le impidieron oír las últimas palabras.

Don Pedro continuó:

—Pero vamos á ver, hermano mio, pues como á hermano te quiero, que darias por saber y convencerte de ello, que doña Manuela no cometió el crimen de fugarse de tu casa? . . .

—Qué! qué has dicho! como lo sabes! responde! responde! exclamó don Pascual próximo á sucumbir de terror.

—No te exaltes, hermano mio, ó no diré ni una palabra mas.

—No, no; no me exhalto, ya lo ves, estoy tranquilo, pero. . . habla, habla, di lo que sabes.

—Nada sé de positivo, pero tu puedes ayudarme. . .

—A qué!

—A esclarecer una sospecha horrible. . .

—Horrible! horrible has dicho!

—Si: muy horrible!

—Que la hayan asesinada tal vez!

—Ah! exclamó casi gozoso don Pedro: conque no me habia engañado! conque tú lo sospechabas tambien?

Don Pascual abria tan desmensurados y espantadizos ojos, que parecia iban á saltársele de sus órbitas.

Parecia un loco dispuesto á lanzarse sobre su carcelero.

Temblábale la mandibula inferior, con tal violencia que sus dientes chocaban contra los de la superior, produciendo un ruido espantoso y sinietro.

Sus manos estaban crispadas.

Sus facciones cadavéricamente desfiguradas.

Don Pedro se espantó de verle en tal estado, pero ya era imposible retroceder.

—El nombre, el nombre del asesino! respondió don Pascual.

—Acaso le sabes tú tambien?

—No, no, yo nada sé: tú, tú que lo sospechas dilo, dilo inmediatamente!

—Lo ignoro! contestó con desaliento don Pedro.

—Entonces, por qué has sospechado ese crimen oculto hasta hoy en el mas impenetrable misterio. Quién te lo ha revelado?

—Una circunstancia extraordinaria.

—Habla! habla! no te detengas.

—En un pan de jabon, . . .

—Ah! gritó don Pascual lanzándose sobre don Pedro con intencion de ahogarle, calla! calla! no me descubras ó te mataré entre mis manos.

—Tú! tú el asesino! gritó á su vez don Pedro cogiendo con mano de hierro el cuello de don Pascual que cayó á sus piés anonadado y rugiendo como una fiera.

XX.

Las escenas que siguieron á la que pálidamente he bosquejado en el anterior capítulo, fueron espantosas.

No llega mi pobrísimó talento á pintar cuadros de tal importancia.

Los referiré pues como pueda.

Mis lectores suplirán con un natural talento lo que falte en mi narracion.

No negarán este favor á quien han dispensado el extraordinario de animarle á escribir quince tomos sobre episodios de nuestra historia.

Cosa asombrosa entre nosotros, pues si yo los he escrito es porque ellos los dan comprado.

Favor tanto mas grande cuanto que hoy nadie escribe porque nadie compra.

Esta excepcion con que han sido distinguido los *Episodios*, no la tamo como una prueba de su bondad, sino como demostracion de que al fin vamos comprendiendo que lo que nosotros necesitamos es una *Historia de México* escrita con imparcialidad.

Quién acometerá esa obra magna y tan necesaria como magna?

No será por ciertó nuestra generacion la que lo vea!

Pero no nos divaguemos.

Volvamos á don Pascual.

¡Quién le habria de haber dicho que él mismo descubriria su crimen?

Porque el crimen existia.

Y don Pascual era quien lo habia cometido.

¡Mis lectores no habran olvidado la estensa relacion de los disgustos domésticos de aquel matrimonio que pudiera haber sido tan feliz.

En aquellos disgustos tomó no pequeña parte la hermana de doña Manuela.

La recuerdan mis lectores?

Era hermosa aunque no tanto como doña Manuela.

La mejor prenda eran sus hermosos cabellos que en magnificas trenzas descendian de su artis-

tica cabeza, casi hasta tocar el estremo de su vestido.

Don Pascual se los elogió mas de una vez y tan mal pareció este elogio á su esposa que quisc cortárselos, originando una violenta escena que tambien quedó referida en su lugar.

—Ay de tí si tal haces!— habia dicho don Pascual.

Pero doña Manuela era de las mugeres que jamás cejan en sus propósitos por ligeros y peligrosos que sean.

No son muchas las mugeres de esta clase, pero las hay.

Infelices!

Debemos cempadecerlas.

El orgullo mal entendido, es una desgracia de fatalísimas consecuencias.

Para muchas mugeres este orgullo consiste en salir adelante con su propósito, solo porque se les hace en él oposicion.

No ven si la oposicion es ó no justa.

Es oposicion y esto les basta para irritarlas.

Serian capaces de arrojarse de una torre abajo si se les estorbaba y solo porque se les estorbaba.

Habráse visto mas nécia ceguedad?

Doña Manuela era de estas mugeres y recogió de serlo, bien amargos frutos.

Es lo que les pasa á otras muchas de su especie.

Pero aquello no tiene remedio, y es inútil detenernos á censurar su conducta.

Se habia propuesto vengarse de su esposo y de su hermana y no paró hasta conseguirlo.

Una noche, durante el sueño de su hermana entró en la recámara donde dormía, y provista de unas tijeras, le cortó una de las trenzas.

Iba á hacer otro tanto con la otra, cuando su hermana despertó.

Al enterarse de lo que pasaba dió tales voces que doña Manuela huyó á su recámara sin concluir su obra, y toda la casa se puso en movimiento.

Al enterarse del inútil atentado de su esposa, don Pascual estuvo á punto de morir de indignacion.

Al dia siguiente la hermana de doña Manuela, dispuso su viaje para España, y aprovechando el primer buque que se presentó, abandonó el nuevo mundo.

Una noche don Pascual logró penetrar en la recámara de su esposa, y armado de unas tijeras se dispuso á ejecutar en doña Manuela la pena del Tali6n.

La infeliz se resistió cuanto pudo, pero al fin don Pascual se apoderó de ella y cuando iba á aplicarle el castigo, doña Manuela lanzó un grito espantoso y cayó muerta instantáneamente.

telas de diversos colores, que se extendian enlazadas por todo el amplio cuadro que ocupaban la bateria, de modo que ofrecian un lucido golpe de vista. En el medio de los cañones estaba tremolado el pabellon español, y en el centro de los arzones un retrato del monarca bajo de dosel: dos artilleros le hacian la guardia.

Dos músicas militares estuvieron tocando en aquel sitio gran parte de la mañana, á la vista de un gentio inmenso.

En uno de los lados de dicho retrato estaba un cuadro que dedicaron al virey los mencionados realistas, en el cual se veia la efigie del rey, bajo de dosel, y al virey enfrente en actitud de arengarle ó decirle qué Orrántia, que estaba detras de él y á quien señalaba con la mano derecha, obedeciendo sus órdenes habia concluido completamente con la fuerza de Mina, presentándole á este atado de las manos y con otros tres trofeos militares y arrojada por el suelo la cabeza de don Pedro Moreno, que fué muerto en la accion del 27 de Octubre.

He aquí ahora el certificado de la muerte de don Francisco Javier Mina.

"Don Manuel Falcon, cirujano del Batallon primero americano etc.

"Certifico que hoy dia de la fecha, á las seis de

EPISODIOS HISTORICOS MEXICANOS

Novelas patrióticas y la más útil y barata lectura: su autor Enrique de Olevarría. Se publica cada mes un tomo completo con lujosas láminas y cubiertas grabadas en madera. **Dos reales tomo** en la capital y **tres** en los Estados. **Van publicados:**

Las Perlas de la Reina Luján. La Virgen de Guadalupe. La Derrota de las Cruces. La Virgen de los Remedios. El Puente de Calderon. Las Norias de Baján. El 30 de Julio. El Curó de Nacupéturo y La Junta de Zitácuaro. El Sitio de Cuauhn. Una Venganza Insurgente. La Constitución del año doce. El Castillo de Acapulco. El 22 de Diciembre de 1815. El Conde del Venadito.

"EL DIARIO DEL HOGAR"

Periódico de las familias.

Publica constantemente dos novelas, una en el cuerpo del periódico y otra en el folletín. Al mes, obtiene el suscriptor un tomo de 288 páginas de amena é instructiva lectura y un diario con tantas noticias como cualquier otro de la capital.

Los anuncios que publica este periódico son especiales en la forma importando su inserción en la primera plana, doble que en la cuarta.

PRECIOS DE SUSCRICION

EN LOS ESTADOS,

Un mes, pago adelantado, franco de porte	1 00
Un semestre, idem, idem	5 00
Un año idem, idem	9 00

El número suelto vale 5 centavos. Los atrasados 10.

EL MINERO MEXICANO

Semanario con ilustraciones, órgano de las sociedades mineras Rep.ública.

Suscripción en México	3 1 00
Id. en los Estados	1 50

EL ANUARIO UNIVERSAL

Para 1883. (Quinto año)

Hermosos retratos, datos estadísticos de todas las naciones del Globo y en especial de México

Vale el tomo DOCE REALES.